

# Giddens y su discusión con la posmodernidad. Un debate inconcluso

**Alejandro Klein**

Universidad de Guanajuato  
alejandroklein@hotmail.com

*Giddens and his Discussion with Postmodernity.  
An Inconclusive Debate*

*Recibido: 20 de mayo de 2023*

*Aceptado: 18 de junio de 2023*

## Resumen

El siguiente trabajo plantea como objetivo una presentación general de las ideas de Giddens en torno a lo social, expresado en términos de confianza básica, sistemas expertos y políticas de riesgo, recorriendo metodológicamente sus principales textos, contrastados a su vez con otros (desde otras disciplinas) que permiten una nueva aproximación a los mismos. A su vez se busca indagar qué implica en términos sociales su debate con autores postmodernos.

Se intenta profundizar en dónde aparecen los puntos críticos de debate de Giddens en relación a los posmodernistas, indicándose que en algunos casos estamos ante diferencias profundas, pero en otros, solo se trata de matices o de cómo se enfoca la cuestión social.

En tiempos que se entiende, son de precariedad y profundo cambio social, parece relevante entender estos debates también en términos emancipatorios y de cambio social.

## Palabras clave

Sociedad; Confianza básica; Modernidad; Postmodernidad

## Abstract

The following paper gives a general presentation of Giddens' ideas about the social sphere, expressed in terms of basic trust, expert systems, and risk policies, by analyzing his main texts and contrasting these in turn with other texts from other disciplines. This methodology yields a better understanding of Giddens' texts. Furthermore, the paper seeks to draw out the social implications of this ongoing debate between postmodern authors.

An attempt is made to deepen where Giddens' critical points of debate appear in relation to the postmodernists, indicating that though in some cases we are facing deep differences, a closer analysis shows that these differences are only about nuances or how a social issue is approached.

In times of precarious and profound social change, it seems relevant to also understand these debates in terms of freedom and social change.

## Keywords

Society; Basic trust; Modernity; Postmodernity

## Introducción

Vivimos tiempos de alta precariedad y cambio social, lo que enlazado además a la pandemia del Covid-19, hace necesario revisar qué se entiende por sociedad, la capacidad de cambio desde la misma y qué perspectivas de futuro se pueden vislumbrar desde las situaciones críticas que se están consolidando. Desde esta perspectiva este trabajo plantea la necesidad de revisar qué aporte hacen autores significativos a estos parámetros analíticos.

Como se indicará, la estructura social que plantea Giddens es probablemente un conjunto muy coherente: un mundo de gente que desea vivir, cuidar y ser cuidada, crecer, tanto como experimentar cosas nuevas. Una sociedad de seres vivos, que describen y piensan cómo hacer sus vidas, desde una racionalidad aceptable y compartida que implica el primado y la soberanía del yo, desde una política de riesgo.

El núcleo de la modernidad tal como se presenta, podrá ser ambiguo, lo que se podría caracterizar como "riesgo", pero el

mismo no basta para derrocar este sentimiento de confianza o de seguridad ontológica, que subsiste de una u otra manera. Este es el punto que lo opone a los autores posmodernos, los que precorizan por el contrario cierta actitud “pesimista” en torno a la capacidad emancipatoria, de realización y de conciencia del individuo en el entramado social.

A partir de estas cuestiones, el presente artículo tiene por objetivo intentar profundizar sobre qué se entiende por lo social y especialmente, que grado de confiabilidad puede merecer el mismo, desde la perspectiva de Giddens y de los autores con los que debate en torno al par modernidad versus posmodernidad, pero integrando a su vez otras perspectivas culturales, sociales y psicoanalíticas, para intentar situar las implicaciones epistemológicas en juego, señalando sus alcances y limitaciones.

Como hipótesis de investigación se indica cómo probablemente la concepción social de Giddens tiene mucho que ver con una trama social idealizada ligadora y englobante, con capacidad de esperanza, mientras que la posmodernidad expone, por el contrario, el desencanto ante una heterogeneidad social exhausta e incapaz ya de procesar el lugar del desencanto y la alteridad.

Cabe indicar que la metodología que se adopta es teórica, intentando por un lado seguir lo más fielmente posible el pensamiento de los autores estudiados (especialmente en el caso de Giddens en el cual hay especial preocupación por ubicar citas que expliciten lo más posible su pensamiento), buscando contribuir con nuevos elementos conceptuales de análisis.

De esta manera hay foco en una revisión integradora de la principal literatura de los autores reseñados, pero acentuando el contraste y el debate crítico entre sus ideas y presupuestos epistemológicos. Al mismo tiempo se utiliza como fuente de consulta otras perspectivas en torno al psicoanálisis, la sociología o estudios sobre la cultura, para tratar de aclarar cuestiones que se consideran claves en torno a qué se entiende por lo social, capacidad de integración, procesos de violencia subyacentes, entre otros.

Cabe indicar, que, por motivos de extensión, el trabajo no ha podido incluir un número mayor de referencias, especialmente latinoamericanas, sobre los temas debatidos.

# Giddens y su visión de lo social

Giddens señala acertadamente el lugar de la reflexividad y los sistemas expertos como estructuras que integran el mundo, lo social, las experiencias cotidianas y la constitución del yo y en esa versión de lo social que se denomina modernidad. Todos estos factores se aúnan en el riesgo y la oportunidad, pero enmarcados en el logro de un sentimiento de identidad a la que se siente como propia y auténtica (Giddens, 1993, 1995 b).

El ser humano pasa a estar convencido así, de que tiene profundidad y mundo mental, que tiene un futuro y mejores espacios de vida, y que tiene perspectivas de mejorar y elegir mejor, de ser mejor de lo que es. En ese punto, se unen las oportunidades de mejora a través de la crisis. Giddens pues revaloriza en este punto la modernidad, en consonancia con Habermas (1989), en términos emancipatorios, de confianza, establecimiento de tramas sociales confiables e identidad en proceso de consolidación.

Pero esta misma modernidad parece no poder eludir la profundización de una visión crítica extrema, que hace imposible recurrir a los sistemas tradicionales de vida y puede, en el límite, generar riesgo y ansiedad. Es el punto, probablemente, en que el “corte” no puede dejar de “cortar”, generando discontinuidades preocupantes (Beck, 1997).

De esta manera, Giddens no deja de advertir que siempre está latente el problema del exceso: exceso de lo global, exceso de desanclajes, exceso de la duda radical, aludiendo a diversos procesos que una vez puestos en marcha, ya no se pueden detener. En el mejor de los casos podrían existir soluciones adecuadas ante el exceso. Si las instituciones coaccionan a dudar, eso no descarta, de cualquier manera, la supervisión y el control institucional. Pero Giddens también percibe que no siempre las situaciones de exceso y desborde se pueden solucionar dialécticamente por operatorias complementarias. Hay puntos de apertura y exceso que no siempre pueden encauzarse adecuadamente. Es el pasaje de la modernidad a lo postmoderno (Giddens, 1997).

Situación que genera lo que podría denominarse como la “patologización de los espacios de contención”: la fatiga ante la repetición de la duda, el retorno de estructuras sacras en forma

de tendencias fundamentalistas y totalitarias, el exceso de lo ambiguo. La coacción a la duda, y su opuesto, la supervisión administrada, no deja de acarrear angustias y tribulaciones en forma de desconciertos a los que quizás Giddens no presta suficiente atención y que forman parte, probablemente, de la crítica de la postmodernidad (Giddens, 1995).

Hay otros puntos que igualmente Giddens no profundiza y que sin embargo parecen importantes en términos de trama social. El análisis que hace de los sistemas expertos podría dar a entender que los mismos substituyen a la transmisión generacional. Sin embargo, puede considerarse que esta transmisión es también fuente de confianza básica. Su opinión de que: “la mayor parte de su historia, la modernidad ha reconstruido la tradición a medida que la ha disuelto” (Giddens, 1997), puede ser entendida como una operatoria por la cual un heredero recibe una herencia cultural valorizada colectivamente, a condición de hacerla propia, condición desde la cual la transmite (Kaës, 1993).

Otro tema relevante refiere a si considerar o no al Estado como sistema experto por antonomasia, en tanto vela y garantiza la fiabilidad de los subsistemas expertos (Lewkowicz, 2004). En este sentido, hay que hacer notar que la recurrencia a los sistemas expertos en la socialización del niño no refiere solo a una angustia por ausencias de redes sociales próximas, sino que es inseparable de un Estado que limita activamente los poderes paternos y familiares para instaurar un discurso homogeneizador y disciplinante (Ariés-Duby, 1990<sup>a</sup>. 1990<sup>b</sup>; Donzelot, 1998).

Cabría pensar que la trama estatal implícita en su obra refiere a un Estado de Bienestar, sólido y legitimado. Es necesario tener en cuenta entonces, que la experiencia estatal que inaugura el neoliberalismo parece estar más cerca de lo precario y exangüe, lo que parece debilitar críticamente la capacidad de credibilidad y fiabilidad.

Un último punto refiere a la dificultad de Giddens en integrar aspectos destructivos y violentos en torno a la constitución de la trama social, pero no como consecuencia (la duda acérrima) sino como elementos basamentales. Esto se ve, por ejemplo, en ocasión de analizar las fuertes influencias psicoanalíticas en Giddens, el que sin embargo rechaza la referencia edípica en términos parricidas-filicidas, para sustentar una visión solidaria intergeneracional

(Kohut, 1982), desde versiones “amigables” del Edipo freudiano (Erikson, 1965). Igualmente, para Giddens, la identidad desde la modernidad no necesariamente implica entrar en conflicto con el contexto social. No hay “malestar” entre ambos (Freud, 1931), sino correlación y sentido de implicancia.

## Giddens y la sociedad de riesgo

El riesgo a que el término “sociedad de riesgo” alude, no implica en una primera perspectiva, a que se esté en riesgo o en situaciones de peligro en sí, sino que la capacidad de tomar decisiones propias, incentivadas por la modernidad implica en definitiva, arriesgar todo el tiempo: “Vivir en la “sociedad de riesgo” significa vivir con una actitud de cálculo hacia nuestras posibilidades de acción, tanto favorables como desfavorables, con las que nos enfrentamos de continuo en nuestra existencia social contemporánea individual y colectivamente” (Giddens, 1995, p. 44).

Esta perspectiva casi sartreana implica por un lado la legitimidad y hasta la obligación de mantener autonomía en la capacidad de elección, pero por otro, el hecho irreductible que hay que asumir que uno y solo uno es responsable de las decisiones que uno toma. La declinación de la sociabilidad sacra comunitaria es también el comienzo de la obligatoriedad de arriesgarse a decidir todo el tiempo. Uno elige desde alternativas, pero con el presupuesto de que no hay alternativa en la obligatoriedad de decidir. No se puede no decidir. No hay opción de huida ante la decisión.

El futuro no es simplemente entonces la expectativa de los sucesos por venir, sino la apuesta por un futuro posible, descartando otros: “... resultados imprevistos pueden ser consecuencia de nuestras propias actividades o decisiones, en lugar de ser expresión de ocultos significados o de la naturaleza de las inefables intenciones de la divinidad” (Giddens, 1993).

La necesidad de decidir es immanente a la necesidad de decidir cómo decidir. Cuál es el proceso por el cual se decide elegir, lo que implica la necesidad y la legitimidad de la existencia de un mundo interno. La modernidad proveyó la feliz metáfora de una interioridad, de un espacio interno donde se localizó la gestación de las decisiones individuales. Metáfora de un “adentro”, de un

yo interiorizado y dialogando consigo mismo. Metonimia del útero donde se localiza la decisión como parte de un pensamiento que se gesta y “da a luz”: gestación, embarazo y parto. La “luz” es la decisión adecuada. La “sombra” es la indecisión y la rumiación. El mundo mental comienza así como una metáfora de la fecundidad femenina (Klein, 2013).

Giddens quizás no advierte que la feliz metáfora del “espacio interno” (metonímico asimismo al espacio del hogar probablemente), descarta el riesgo de que lo que se considera producto de la evaluación medida del pensamiento, sea en realidad trampa de la impulsividad. La metáfora del espacio interno o mundo interno provee entonces la importante tranquilidad de que, ya que hay que tomar decisiones, las mismas serán las mejores posibles, indicando que las mismas son legítimamente productos de un proceso emocional y cognitivo que no cae en el capricho o el impulso.

Por ende, el dispositivo de riesgo propio de la modernidad es inseparable de la garantía (ilusional, pero efectiva) de la constitución de un mundo interno en términos de aparato psíquico (Laplanche y Pontalis, 1981). El aparato psíquico a su vez ofrece garantías de que la decisión es resultado de un proceso tanto temporal, como espacial. Uno se da un tiempo para decidir y la decisión se espacializa a través de las instancias psíquicas. El riesgo de la decisión se asume, entonces, en tanto persiste la tranquilidad de que hay garantías de que se puede tomar “buenas” decisiones.

Desde estas garantías uno tiene el derecho y la obligación de tomar las decisiones (trascendentales) que van a determinar el rumbo de su vida. El desarrollo del compromiso de este “adentro”, pilar y fundamento de las nociones epistemológicas de psicoterapia, abole capacidad de incidencia a la fortuna, la providencia o los astros: el sujeto se vuelve dueño de su propia vida. Pero este adueñarse no se puede hacer solo desde el temor al riesgo, sino además desde el placer de la elección, cosa que Giddens ciertamente no percibe (Aulagnier, 1994).

Se trata en definitiva de riesgos calculados, dentro de pautas de ansiedad controlables y en el mejor de los casos, transitorias. Lo contrario implicaría que la modernidad desate ansiedad sin ofrecer continentes fiables para elaborarla o encauzarla: “Existen algunas circunstancias en que las pautas de riesgo están institucionalizadas dentro de un marco de fiabilidad...” (Giddens, 1993).

En el riesgo es posible arriesgarse, valga la redundancia, por la persistencia de un fondo institucional que se muestra sólido y capaz de sostén (Lewkowicz, 2004).

Este basamento institucional implica la capacidad de sobrevivir a la reflexividad permanente de la modernidad: "...las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, que de esa manera alteran su carácter constituyente" (Giddens, 1993). La modernidad pone en riesgo porque el riesgo de la evaluación, la crítica, la comparación es intrínseco a ella misma.

Es, si se quiere, una cristalización de la racionalidad en forma de crítica compulsiva. Con lo que se abre otro riesgo: aunque la malla social de la modernidad quisiera abandonar esta crítica pertinaz no podría, con lo que es posible indicar que hasta cierto punto el modelo giddeneano de la reflexividad de la modernidad tiene atributos que recuerdan al "trieb" de la pulsión freudiana, en términos de casi "ciega" e irrenunciable repetición a la compulsión (Laplanche-Pontalis, 1981).

De esta manera, otra zona de riesgo es que la tarea de decidir obligatoriamente, pueda en el límite, volverse invasiva e inmanejable. Lo que entra en conflicto, además, con la imposibilidad de tomar decisiones ante sucesos de tipo global frente a los cuales no se pueden instrumentar recursos apropiados: "La línea básica para este análisis ha de ser la *inevitabilidad* de vivir con peligros que están *alejados* del control no sólo de las personas, sino también de las grandes, organizaciones, incluidos los estados..." (Giddens, 1993). Y agrega explícitamente Giddens: "¿Cómo podemos constantemente mantener en primer plano de nuestra mente peligros que son tan enormemente amenazadores, al tiempo que tan alejados de un posible control individual? La respuesta es que la mayoría de nosotros no podemos" (Giddens, 1993).

Habría que entonces incluir también como factor de riesgo la vivencia de impotencia y parálisis. Giddens ensaya algunas soluciones para no llegar a estos extremos: sobrevivir pragmáticamente, mantener cierta perspectiva optimista, fe en la providencia o recurrir al pesimismo cínico. También apunta a la posibilidad de un compromiso radical: "Aquellos que toman una postura de compromiso radical suelen decir, aunque estamos acosados por muy importantes problemas, (*que*) podemos y debemos movi-



lizarnos, bien sea para reducir su impacto, o para trascenderlo” (Giddens, 1993). (en cursiva: *que*, no se encuentra en el texto).

Sin embargo y a pesar de las soluciones que el autor propone, queda la impresión de que la modernidad termina por ser tan exigente en los procesos y tendencias que desata como en el límite, no puede ser sino abrumadora en la imposición de sus enunciados. Por más confianza básica que uno pueda encontrar y atesorar en la vida, permanece la impresión de que: “Sugiero que deberíamos sustituir esas imágenes de la modernidad por las de *juggernaut*. El juggernaut aplasta a aquellos que se le resisten, y si a veces da la impresión de mantener un firme equilibrio, hay momentos en los que vira erráticamente en direcciones imprevisibles” (Giddens, 1993).

De esta manera, la aparición de los sistemas de riesgo son una consecuencia no deseada de una profundización inmanejable de la crítica reflexiva. Es un “contenido” que ya no tiene “continente” (Bion, 1962), y la ausencia de este continente se relaciona, entre otros factores, nuevamente con la anulación o desacreditación de los rituales de paso: “Las transiciones en las vidas individuales han exigido siempre una reorganización psíquica, algo que en las culturas tradicionales solía quedar ritualizado en forma de *ritos de paso*” (Giddens, 1995).

¿Qué queda pues entonces? Quizás apostar a que la confianza básica compense las angustias y heridas o fortalecer un aparato psíquico capaz de elaborar duelos y dilemas arduos. En otros casos, recurrir a la tentación de ideologías totalitarias, apelando a experiencias de autoridad donde se anula la capacidad reflexiva. O, llegado el caso, sumergirse en experiencias confortantes y rutinarias de un mundo no accidentado, que opere como coraza protectora: “La coraza protectora *es el manto de confianza que posibilita el mantenimiento de un Umwelt viable*” (Giddens, 1995).

## Giddens y su debate con Foucault

En forma muy breve señalaremos algunos puntos de disparidad entre Giddens y Foucault. Como se sabe Giddens (1995), erige una teoría de la intimidad que discrepa radicalmente con la conceptualización de la sexualidad de Foucault. El punto de

partida de esta disparidad no puede ser más antinómico. Mientras que para Foucault la disciplina es inseparable de un cuerpo dócil, para Giddens el cuerpo en la modernidad es inseparable del yo emancipatorio.

Señala Foucault: “A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar las “disciplinas” (Foucault, 1976). Para Giddens, por el contrario: “los cambios en las actitudes sexuales ... son, al menos en algunas partes resultado de una lucha y es imposible negar que hay elementos de emancipación involucrados en ellos” (Giddens, 1995).

Mientras la disciplina foucaultiana implica la (clara) creación de “sujetos útiles, hombres y mujeres que conformen con la pauta, que sean certificablemente cuerdos o sanos o dóciles o competentes, no agentes libres que inventan sus propias pautas...” (Couzet, 1988), el ideal del sujeto giddeneano se acerca a la introyección de una actitud reflexiva que instala la duda, aún ante aquello que parece que se debe acatar sin dudar.

Sin embargo, el último Foucault (1984, 1994) es el que Giddens no tiene en cuenta. La teorización sobre el “cuidado de sí” plantea una forma de identidad por la constitución de un espacio interno. Mientras que la racionalidad social o tecnologías políticas tal como las describe Foucault, se oponen a la reflexión, las técnicas éticas crean sujetos, y como tales, no están en un “afuera” ni se imponen. Vienen desde un “adentro” y se construyen.

De esta manera, Foucault diferencia estados de dominación de las prácticas de poder. El estado de dominación se define: “cuando un individuo o un grupo social llega a bloquear un campo de relaciones de poder y las torna inmóviles y fijas e impide cualquier reversibilidad de movimiento, por instrumentos que tanto pueden ser económicos, tanto políticos, o militares” (Foucault, 1984). A él sí se enfrentan prácticas revolucionarias. Por el contrario, en la liberación “se abre un campo para las nuevas relaciones de poder que deben ser controladas por prácticas de libertad” (Foucault, 1984).

Esta diferenciación es una perspectiva claramente contraria a la de la época de la microfísica del poder en la que se afirmaba:

“El poder se ha introducido en el cuerpo, se encuentra expuesto en el cuerpo mismo (...) la impresión de que el poder se tambalea es falsa porque puede operar un repliegue, desplazarse, investirse en otra parte” (Foucault, 1976). Pero este Foucault indica claramente que las prácticas de libertad, el cuidado de sí, pueden llegar a controlar el poder, aunque cabe aclarar que no lo anula.

El Foucault que mejor podría polemizar con Giddens a partir de aquí es el que plantea la disparidad biopolítica-tanatopolítica (Foucault, 1994b), por el cual se entrelaza la protección con el aplastamiento de la discrepancia. Este Foucault podría indicarle a Giddens que su abordaje social se acerca a una perspectiva biopolítica, dejando de lado aspectos tanatopolíticos como la violencia, la erradicación y hasta lo paranoico que subyace a la modernidad (Foucault, 1994b).

Sin embargo, Giddens bien podría reprocharle lo mismo a Foucault: no basta con indicar a lo biopolítico como vaivén organizador a la destructividad, para garantizar suficiente inclusión a la confianza y la fiabilidad, sin las cuales parece casi imposible entender (a no ser que se elija una perspectiva hobbesiana) la posibilidad de sostén de la trama social (Kaës, 1993).

## **Giddens y su debate con la posmodernidad**

Señala Giddens que las instituciones que están en la modernidad dan cuenta de la misma solo desde ésta. No tienen precedentes ni antecedentes. A este análisis institucional se debería agregar el hecho de que estas instituciones cristalizan una visión del hombre, una forma de convivencia y una determinada estructura de las mentalidades que aún son plenamente vigentes. Sin embargo, indica Giddens:

Hoy, a finales del siglo XX, muchos mantienen que nos encontramos frente al comienzo de una nueva era ... Se han sugerido una curiosa variedad de términos para referirse a esa transición, algunos de los cuales hacen directa referencia al surgimiento de un nuevo tipo de sistema social... no obstante, la mayoría de esos términos sugieren más bien que el anterior

estado de las cosas está llegando a su fin (postmodernidad, postcapitalismo, la sociedad postindustrial, y así sucesivamente) (Giddens, 1993).

La larga cita, además de mostrar cierta inusual ironía de Giddens, deja patente la enfática posición del autor: no hay posmodernidad, la modernidad sigue vigente. Enfrentado a autores como Lyotard (1987) critica la “moda” posmoderna, resituando y tal vez revalorizando lo que es modernidad, en consonancia con Habermas (1989), en términos emancipatorios, de confianza, establecimiento de tramas sociales confiables, identidad en proceso de consolidación.

La modernidad para Giddens aparece legitimada como un sistema de vida que se origina en un espacio geográfico y en una medida de tiempo pero que va más allá de eso. Es un intento y una capacidad de inclusión social que no tiene precedentes, y refiere a la instauración de sistemas que confortan y ofrecen seguridades, aunque manteniendo márgenes de riesgo, que pueden o no circunscribirse (Giddens, 1997).

Pero, lo que remarca Lyotard no es este rasgo definitorio, sino el punto final o la incredulidad frente a la capacidad del metarelato, o narrativas de inclusión englobadora, para proporcionar un sentido o un eje a los procesos sociales, tales como la emancipación a través de la razón o la libertad. Lo que antes estaba legitimado, especialmente la ciencia, pierde tal cualidad y todo pasa a ser un *puzzle* de juegos de lenguaje o de partículas lingüísticas. Lo fragmentado, lo atómico, lo escindido marca de esta manera la agonía final del lazo social, agotado en su capacidad de sostener un porvenir, que se “despedaza” en una especie de presente continuo múltiple (Lyotard, 1987).

Desde allí no es que ya no haya un “centro” de estabilidad social, sino que todo acontecimiento puede ser heterogéneamente centro de otros centros. La posmodernidad se caracteriza entonces, por lo parcial, lo fragmentado, y lo que tenemos en el lugar del metarelato, son fragmentos de marcas lingüísticas *que ya no dan cuenta del Otro social y que se resisten a cualquier unificación. Es inseparable de la idea de Lyotard un fuerte desencanto con respecto a la modernidad, que a su vez colide con cierta sensación de nostalgia* (Lyotard, 1987).

Por su parte, Giddens entiende que la posmodernidad en el fondo sería un malentendido: es una modernidad aún vigente pero incapaz de encontrar las herramientas epistemológicas para entenderse así misma en su fase de mayor profundización:

En vez de estar entrando en un periodo de postmodernidad, nos estamos trasladando a uno en que las consecuencias de la modernidad se están radicalizando y universalizando como nunca. Afirmaré que más allá de la modernidad, podemos percibir los contornos de un orden nuevo y diferente que es postmoderno; pero esto es distinto de lo que en este momento algunos han dado en llamar “postmodernidad” (Giddens, 1993).

Lo postmoderno de esta modernidad parece aludir a la profundización de una visión crítica extrema, que hace imposible recurrir a los sistemas tradicionales de vida y puede, en el límite, generar riesgo y ansiedad. Es el punto, probablemente, en que el “corte” no puede dejar de “cortar” (Beck, 1997). Quizás la palabra clave es entonces: “fisura” y tanto Giddens como Lyotard se refieren a ella, pero desde perspectivas distintas: para Lyotard la fisura se hace desde la modernidad hacia el futuro, para Giddens, la fisura se hace desde la modernidad hacia el pasado. Para Giddens el futuro no es la posmodernidad sino que no puede ser sino más modernidad. Para Lyotard –en cambio– en el futuro no puede subsistir una modernidad ya desgastada y deslegitimada (Lyotard, 1987).

Quizás Lyotard tenga razón, pero la cuestión radica en qué es la modernidad para uno y otro. El núcleo de la modernidad para Lyotard es la capacidad de instaurar un gran relato unificador, mientras que para Giddens se trata de la capacidad reflexiva asentada en la confianza básica. En definitiva: no están sino hablando de cosas diferentes.

Para Lyotard la postmodernidad implica la imposibilidad de retorno a la modernidad. Pero Giddens enfatiza que la modernidad sigue vigente en término de discontinuidades y cambios tanto en el orden institucional como en el de identidad del yo: “Las civilizaciones tradicionales pueden haber sido más dinámicas que otros sistemas premodernos, pero la celeridad del

cambio de las condiciones de la modernidad es excepcional...” (Giddens, 1993).

Esto le permite resituar el debate con la posmodernidad:

Corrientemente ¿a qué se refiere la postmodernidad? Aparte de la generalizada sensación de estar viviendo un periodo de marcada disparidad con el pasado, el termino, evidentemente, significa algo de lo siguiente: que hemos descubierto que nada puede saberse con certeza, dado que los preexistentes “fundamentos” de la epistemología, han demostrado no ser indefectibles; que la “historia” está desprovista de teleología (Giddens, 1993).

La posmodernidad es también entonces una consecuencia de los fundamentos mismos de la modernidad. La reflexividad llevada al extremo demuestra la “debilidad” de los fundamentos y la imposibilidad de recurrir a recursos teleológicos. Giddens apunta otra reflexión en el sentido que la modernidad alberga tanto la democracia como la dictadura, la tolerancia como la intolerancia. Y si esto es verdad, entonces en realidad nunca pudo haber existido un metarelato, unificado, coherente e integrado propio de la modernidad, ni siquiera en términos de “progreso” o “civilización”:

La modernidad como puede ver cualquiera que viva los últimos años del siglo XX es un fenómeno de doble filo. El desarrollo de las instituciones sociales modernas, y su expansión mundial ha creado oportunidades enormemente mayores para que los seres humanos disfruten de una existencia más segura y recompensada que cualquier tipo de sistema premoderno. Pero la modernidad también tiene un lado sombrío, que se ha puesto de manifiesto en el presente siglo... El “despotismo” parecía ser una característica propia de los estados premodernos. Pero los albores del ascenso del fascismo, el Holocausto, el Stalinismo, y otros episodios de la historia del siglo veinte, podemos comprobar que las posibilidades totalitarias están contenidas dentro de los parámetros institucionales de la modernidad (Giddens, 1993).

Desde esta perspectiva Giddens insiste en que: “El núcleo de la modernidad resulta enigmático y no parece haber forma de resolver este enigma” (Giddens, 1993). Pero, sin embargo, no deja de dar la razón a Lyotard en ciertos puntos:

La ruptura con las visiones providenciales de la historia, la disolución de la fundamentación junto al surgimiento del pensamiento contrafáctico orientado- al -futuro y el “vaciamiento” del progreso por el cambio continuado, son tan diferentes de las perspectivas esenciales de la Ilustración como para avalar la opinión de que se han producido transiciones de largo alcance. Sin embargo, referirse a esas transiciones como postmodernidad, es un error que obstaculiza la apropiada comprensión de su naturaleza e implicaciones. Las disyunciones que han tenido lugar han de verse más bien como resultantes de la autoclarificación del pensamiento moderno, en tanto que los residuos de la tradición y la visión providencial se disipan. No hemos ido “más allá” de la modernidad, sino que precisamente, estamos viviendo la fase de su radicalización (Giddens, 1993).

La polémica está pues instalada y aún hoy, décadas después, sigue sin resolverse. Probablemente Lyotard al diseñar la posmodernidad en realidad también está inventando la modernidad, su versión de la modernidad. Pero la modernidad de Giddens es también una probable o altamente probable versión de la modernidad.

*¿Acaso es posible sugerir entonces que la modernidad de Giddens tiene mucho que ver con una trama social idealizada ligadora y englobante, donde todos son Bienvenidos, mientras que la posmodernidad de Lyotard expone, por el contrario, el desencanto ante la heterogeneidad social exhausta donde todos son ya Ajenos? (Klein, 2013).* En este punto habría que recordar la reflexión de Baudrillard (1988), que no duda en incorporar una faz violenta a lo social, pero en términos netamente destructivos, indicando que lo social es a la vez destruido por lo que lo produce (los media, la información) y reabsorbido por lo que produce (las masas), por lo que lo “social” ya no designa nada.

## Conclusiones: Profundizando el debate modernidad- posmodernidad

La modernidad giddiana es criticable, pero no deja de ser atendible como trama social que, aunque idealizada, permite proyectar un mundo de seres vivos, que aún desde sus dificultades, desean aparentemente vivir y no inmolarsé, suicidarse u odiarse *ad infinitum*.

Pero la modernidad de Giddens es también una probable o altamente probable versión de la modernidad. De esta manera la evaluación crítica de los resultados de la modernidad en términos de pobreza, desigualdad e inequidad contrasta agudamente con la versión giddiana de la modernidad en el sentido de que: “ha creado oportunidades enormemente mayores para que los seres humanos disfruten de una existencia más segura y recompensada” (Giddens, 1993, p. 20), afirmación *cándida, ingenua y falsamente integradora. Muchos, muchísimos millones de seres humanos, expondrían que estas oportunidades son falacias ausentes en sus vidas* (Sader y Gentili, 1999).

Pero que lo social se haya vuelto desconcertante o ya no señale claramente sus “reglas de juego”, como indican los autores posmodernos, no quiere decir que no exista. Gran parte del debate presentado quizás pasa entonces por la posibilidad o imposibilidad de presentar una visión unificada del mundo. Pero, por otro lado, una visión unificada del mundo, si es que es posible, implica establecer como la misma se articula al programa de ciudadanía, el progreso racional y la corrección progresiva de la diferencia social versus la inequidad social. Lamentablemente, no parece que Giddens profundizara mucho en esos tópicos. De allí que por momentos daría la impresión de que no es suficiente sólo con la experiencia reflexiva ni el logro de la confianza básica para generar un debate convincente en torno a una unificación que se contraponga a las opiniones fragmentadoras de los posmodernos.

Varios autores posmodernos (Baudrillard, 1984; 2008a; Lyotard, 1987; Lipovetsky, 1990, 2000; Vattimo, 1994) indican que el programa de la modernidad no se pudo cumplir. Pero este



problema quizá no ha sido tanto de la modernidad, sino de una estructura capitalista que anula la capacidad reflexiva-emancipatoria. Pero, nuevamente, para aceptar esta perspectiva habría que entender que ambos (modernidad y capitalismo) no son totalmente isomórficos y habría que establecer al respecto las categorías analíticas correspondientes (Beck, 2000).

Todo depende, además, del punto de partida de los autores. Por ejemplo, si Habermas (1988) puede hablar del “hechizo de los antiguos”, Baudrillard (1988) lo hace del “éxtasis social”. Pero el hechizo es algo que remite a una cadena generacional y hace historia. El éxtasis no remite al pasado sino al presente transformado en instante, lo que agota el decurso histórico y propone la yuxtaposición de instantes como nueva categoría social y del pensamiento. Se trata pues de una trama social pensada o desde la integración generacional o de una trama social donde lo que prima es la yuxtaposición y la heterogeneidad.

Habría que considerar además, hasta qué punto se destacan experiencias que se consideran esenciales e implican la pérdida de referentes orientadores, priorizando el cambio, lo frágil y cambiante (Bauman, 2007). Giddens, por el contrario, establece claramente referentes ontológicos esenciales, desde espacios seguros y bien establecidos: mente, padres, hogar, para recibir e integrar la confianza básica y experimentar razonablemente situaciones de duda antes las cuales poder decidir.

*Una vez más, el punto de partida define el punto de llegada. Desde allí se sostienen polémicas que terminan por ser reyertas, desde las cuales no es posible dialogar.*

## Referencias bibliográficas

Ariès, P. y Duby, G. (1990a). *Historia de la vida privada (iv): de la revolución francesa a la primera guerra mundial*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.

Ariès, P. y Duby, G. (1990b). *Historia de la vida privada (vii): la revolución francesa y el asentamiento*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.

Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Aulagnier, P. (1994). *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. DOI: <http://doi.org/10.15446/dfj.n15.50499>
- Baudrillard, J. (1984). *Las estrategias fatales*. Madrid, España: Anagrama.
- Baudrillard, J. (2008a). *Cultura y simulacro*. Madrid, España: Kairós.
- Baudrillard, J. (1988). El éxtasis de la comunicación. *La Posmodernidad*. Madrid, España: Kairós.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Beck, U. (Comp.) (1997). *Modernización reflexiva-política: tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, España: Alianza Universidad.
- Beck, U. (2000). *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bion, W. (1962). *Learning from experience*. Londres, Inglaterra: Tavistock.
- Castoriadis, C. (1992). *A criação histórica*. Rio de Janeiro, Brasil: Artes e ofícios.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Madrid, España: Seix Barral.
- Donzelot, J. (1998). *La policía de las familias*. Madrid, España: Pre-Textos.
- Erikson, E. (1965). *Childhood and society*. Londres, Inglaterra: Hogarth Press.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Argentina: Ed Siglo XXI.
- Foucault, M. (1984). Deux essais sur le sujet et le pouvoir. *Michel Foucault. Un parcours philosophique*. Paris, Francia: Gallimard.
- Foucault, M. (1994). *La ética del cuidado de sí como práctica de libertad*. Paris, Francia: Gallimard.

- Foucault, M. (2004). La Tecnología Política de los individuos. *Coleção Ditos y Escritos V*. Brasilia, Brasil: Política Forense Universitaria.
- Freud, S. (1931). *El malestar en la cultura*. Tomo XXI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid, España: Alianza.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e Identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid, España: Península.
- Giddens, A. (1995b). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, España: Cátedra.
- Giddens, A. (1997). Vivir en una sociedad postradicional. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, España: Alianza Universidad.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, España: Taurus.
- Habermas, J. (1988). La modernidad. un proyecto incompleto. *La posmodernidad*. (pp. 19-36). Madrid, España: Kairós.
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo: Elementos para una teoría Psicoanalítica del Grupo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Klein, A. (2013). *Subjetividad, Familias y Lazo social: Procesos psicosociales emergentes*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.
- Kohut, H. (1982). Introspection, empathy and the semi-circle of mental health. *The International Journal of Psychoanalysis*. 63 (4), Londres, Inglaterra: Taylor & Francis.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1981). *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid, España: Ed Labor.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin estado: La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Laufer, M. (1995). *El adolescente suicida*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero*. Madrid, España: Anagrama.

- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Madrid, España: Anagrama.
- Lyotard, J. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid, España: Cátedra.
- Merton, R. (1964). *Teoría y estructuras sociales*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Sader, E. y Gentili, P. (1999). *La trama del neoliberalismo: Mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Universitaria de Buenos Aires.
- Taylor, C. (2006). *Fuentes del yo, la construcción de la identidad moderna*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Vattimo, G. (1994). *En torno a la posmodernidad*. Madrid, España: Anthropos.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y Juego*. Madrid, España: Gedisa.